

MEDICAMENTA



REVISTA DE ESTUDIOS
Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS



DIRECTORES

† Prof. Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL Prof. Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedráticos de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Instituto de España.

Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Madrid. - Teléfonos 24 22 63, 24 22 62 y 24 22 61.

Editada por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. Sección de información científica y propaganda.

Fechas periódicas de aparición: 1 y 16 de cada mes (*). Franqueo concertado. Número suelto, 1,50 ptas.

TRABAJOS ORIGINALES DOCTRINA E INVESTIGACIÓN-PRÁCTICA CLÍNICA

COMPONENTES BIOSOCIALES DE LA HIGIENE MENTAL

por el

Profesor Dr. ANTONIO PIGA PASCUAL

Catedrático de Medicina Legal de la Universidad de Madrid.

Al Profesor Lain Entralgo.

Pérmítaseme que, antes de exponer una sintética visión de conjunto sobre la higiene mental contemporánea, sus alcances y componentes biosociales, y también sobre sus posibilidades en el futuro, componga a mi modo un pequeño proemio y discurra sobre las relaciones de los mitos de Prometeo y Ticio.

Convengamos en lo prometedor de mi propósito por lo que tiene de raro, y tal vez en opinión de severos críticos de estrambótico. Mas habrá de admitirse que soslaye el estereotipado sonsonete de «la importancia del tema». Confieso que, al oír a un conferenciante o un profesor la manoseada frase de la importancia de la materia objeto de la disertación, deduzco que poco o nada bueno voy a escuchar. A veces, naturalmente me equivoco.

Escribo acerca de unas elementales nociones mitológicas sin el menor alarde erudito, entre otras razones, porque, si bien admiro la erudición, temo incurrir en el vicio del exceso. Además, no figuro entre las filas de quienes hacen del fichero símbolo de sabiduría, y de la cita bibliográfica exponente de superioridad intelectual. Importa más el genio de Velázquez o de Rubens que los comentarios sobre sus portentosas obras. Y es evidente que ningún error se convierte en verdad por el hecho de haberlo repetido en diversas lenguas.

Y, por último, tenga paciencia quien leyere, y podrá juzgar por sí mismo de si conviene o no a este artículo el comenzar recordando dioses y diosas de la Mitología. Que de la fábula se pasa a la historia y del mito a la realidad.

(*) En razón de las presentes dificultades, ya expuestas en otro número, MEDICAMENTA ha modificado, de modo transitorio, las fechas de su publicación, apareciendo sus números con absoluta regularidad cada veinte días.

¿Quién no recuerda la fábula de Prometeo el padre de Deucalión? Modela un hombre de barro y quiere darle ánima, animarle con el fuego de los cuerpos celestiales. Nadie como Febo posee el calor capaz de vitalizar la humana arcilla. Pero ¿está tan alto el sol!

Prometeo es valiente, osado. También generoso, porque, incluso robar, no lo hace para sí, sino para su obra, noble y magnífica, como toda creación. Anhela vivificar el mísero barro, convertir éste en un «ser» dotado de energía vital. Así no será una mezcla de agua y arcilla. Será... Pandora. Y como Prometeo hurtó el fuego del cielo y lo unió para siempre con el amasijo formado a imagen del artifice, éste delinquirió ante dioses y diosas, que, hasta él, fueron quienes poseían el secreto de humanizar la materia. La fórmula era simple: tierra, agua y energía solar.

El materialismo mitológico cae en la sima del error, como inocente pajarillo en el cepo puesto por traviesos muchachos. Reconoce que Prometeo no hubiera logrado su propósito de crear al hombre sin ayuda de Minerva. ¿Qué dolor el que no baste una sola facultad para triunfar en la vida! Sin Minerva, el ilusionado Prometeo hubiera sido un simple iluso, cuan tantos que, antes y ahora, suponen que basta con colocarse delante para ser los primeros, con hablar fuerte para que el ruido de las palabras se confunda con la elocuencia, con gesticular como payasos para que los confundan con excelsos artistas.

Sin más disquisiciones, reafirmo que cualquier persona medianamente culta sabe con todos sus detalles el mito de Prometeo. Pero, ¿y el de Ticio?

De no haber dedicado tiempo y atención a la Mitología, puede ocurrir que, incluso personas de gran talento y copiosa erudición, hombres distinguidos en las Ciencias o en las Artes, no recuerden al gigante Ticio. Nada significa para la cultura el desconocer éste o el otro detalle de una cuestión cualquiera de las ra-



mas del saber humano, y sería necio sonreír despectivamente porque un gran músico, un ilustre matemático, un renombrado clínico, no se acordasen de Ticio y de su parentela. Sin embargo, en algunos momentos si la ocasión llega, merece la pena el recuerdo, y no resulta inoportuno hojear cualquier obra de Mitología para enterarse, porque de no hacerlo así, es posible confundir la fábula ticianca con la de Prometeo.

Digamos cuatro palabras en demostración de los anteriores asertos, pues con ellas basta a nuestros fines. Y comencemos por decir algo de Latona, de Orcómeno y de Elara Ninfa.

Elara Ninfa fué hija de Orcómeno, fundador de la ciudad de Orcómenes, en la Beocia, en el sitio en que el río Ceciso desemboca en un lago, el Copais. Debía ser muy bella, porque Júpiter la hizo suya, y no dudó en desafiar la ira de Juno, su propia mujer. Acudió a engaños y tretas para ocultar el fruto de aquel amor ilegítimo, escondiendo bajo tierra a la Ninfa, que, por fin, dió a luz al gigante Ticio. Y éste, en edad cumplida, se enamoró de Latona, quien sintió vergüenza de verse requerida amorosamente por el gigante. Apolo y Diana—mejor, Apolo y Artemis—matan a Ticio con saetas, y le condenan a estar en el infierno atado y con tal key—dice Pérez Moya—, que buitres comiesen su molleja, y, acabado de comer, tornase a renacer, para que nunca cesaran ni los buitres en su festín ni Ticio en sus sufrimientos.

Aunque autores de gran prestigio acusaron a Apolo y Diana del suplicio de Ticio, debe entenderse Apolo y su hermana gemela Artemis, adorada esta última en los pueblos del Peloponeso. Los hermanos eran muy celosos, del honor de su madre Leto (Lat, Latona). Quien la ofendía, moría sin remedio. No en balde los gemelos eran diestros en el manejo del arco. La Artemis del Louvre parece una buena jovencita, pero ¡ay de quien ose desafiarla! Dígalo la tragedia de los hijos de Niobe. Artemis y Apolo son dos paladines que saben defender la honra de quien la tiene. Sus saetas son certeras. Artemis y Apolo hubiesen ganado un premio internacional en cualquier Olimpiada.

Leto o Latona es bien conocida. Quien haya estado en Versalles, habrá contemplado las bellas esculturas de Marsy en un famoso estanque dedicado a la diosa. Las bullentes y rizadas aguas de los surtidores cubren a Latona con un maravilloso velo de espuma. Además, no sólo en el templo de Apolo, en Megara, ni en el frontón de Delfos, sino en mil lugares distintos, en mosaicos y vasos pintados, la figura de Latona ha sido reproducida innumerables veces. Los médicos tenemos que agradecerla el claro sentido del herpes zóster, el recuerdo del cinturón que arrojó Latona en el Atica al sentir los primeros dolores.

Llegados a este momento, posiblemente empieza a hacerse comprensible mi finalidad. He puesto dos ejemplos de dos mitos—tanto hubiera valido poner el de dos verdades, pero las fábulas son siempre menos desagradables—, para demostrar lo fácil que es confundirse cuando no se llega hasta el fondo del problema que nos interesa resolver. A Prometeo, como a Ticio, los buitres les pican y destrozan sus entrañas. Quien vea una reproducción pictórica o un cuadro original de cualquier maestro de la pintura, inspirado en Prometeo o en Ticio, podrá confundirse y no diferenciar de qué mito se trata. No por ello puede acusarse de ignorancia, ni de incultura, y sólo un pedante se creerá superior por no ignorar que la comida de los buitres y de las águilas, en el caso de Prometeo, es el hígado, y, en el de Ticio, la molleja. El detalle es banal. Pero tampoco el observador confundido deberá fustigar a quien, modestamente y sin pretensiones, le recuerde que las fábulas son diferen-

tes y la significación distinta. Prometeo y Ticio no son iguales.

Voy a tratar ahora de demostrar que el concepto contemporáneo de la higiene mental es esencialmente distinto del que se tenía hace cuarenta años. Hombres de gran talento, médicos, insignes pensadores y políticos, no han tenido ocasión ni oportunidad de comprenderlo. ¿Sería prudente persistir en el error? Creo que no. De sabios es mudar de consejo cuando el consejo está inspirado en una recta y noble intención, cuando el peligro de no comprender, por desgana o tesón, es inmediato.

La higiene mental, en la hora de ahora, no es una simple rama de la Psiquiatría, como afirmaba Toulouse. Es una ciencia de tipo social amplísima y trascendente para la felicidad humana. Merece el respeto y la atención de todos. Y no tenemos derecho a torcer el rumbo de su devenir previsible y pleno de esperanzas.

La Psiquiatría no puede ni debe desconocer la fase social de la higiene mental. Acaso se han exagerado las posibilidades reales de actuación positiva de esta fase social, ya que los medios de que se dispone y la incompreensión o indiferencia de una gran mayoría de políticos, sociólogos y médicos no alcanzan a determinar cuál es el límite de tan ambicioso proyecto, bien definido por Schwesinger, al decir que «los primitivos conceptos de psicoterapia y prevención han sido ampliados hasta incluir ahora una filosofía de la vida. La «buena vida» no es sólo negativamente buena por estar libre de quejas, sino también positivamente buena en el sentido de autorrealización, de vivir lo mejor posible. Los valores vitales fomentados por la higiene mental y la educación progresiva, son el carácter, el bienestar social, la propia expresión, o el logro de las grandes posibilidades de cada uno, y otros semejantes. Tal es, por consiguiente, el propósito idealista de la higiene mental como movimiento social».

En cambio, si la Psiquiatría, y, por ende, los psiquiatras, no pueden soslayar el problema de la higiene mental en su vertiente social, y menos aún cuando los psiquiatras, por sus méritos y grandes conocimientos en su especialidad, han tenido que profundizar, necesariamente, en los estudios psicológicos, es indiscutible que, hoy por hoy, ni se puede prescindir de la colaboración del psiquiatra en ningún programa serio de higiene mental, ni se ve la posibilidad de su sustitución en el puesto de primera línea que les corresponde en la lucha comenzada por C. W. Beers, autor del famosísimo libro *The Mind That Found Itself* («La mente que se encontró a sí misma»). Sabido es que Beers fundó en 1908 una Junta de Higiene Mental en Connecticut, Estados Unidos, y que en 1909 ya existía la Junta Nacional de Higiene Mental. Estas efemérides, lo creo sinceramente, serán glorificadas en el porvenir con tanto o mayor entusiasmo que el descubrimiento de cualquier pedazo de tierra ignota, o el de sangrientas batallas.

Porque la higiene mental permite entrever una vida mejor, que dulcifique en lo posible «el valle de lágrimas», que dé color a las frases de Goethe: «... ¡cómo brilla el sol! ¡Cómo ríe el valle! De cada rama brota una flor...»

* * *

¿Por qué razón la higiene mental es un capítulo de la Medicina Social y no un capítulo de la Psiquiatría? He aquí una formidable pregunta, uno de los más arduos problemas de la vida moderna.

En mi modesta opinión, para contestar la pregunta formulada, hay que ir poco a poco y fijar paulatinamente los firmes sillares sobre los cuales ha de basarse. De no hacerlo así, cuanto se ha dicho y pueda

decirse ofrecería fisuras y resquebrajamientos capaces de derrumbar la obra emprendida. Conviene, pues, no precipitarse y esperar a que la conclusión sea la consecuencia de argumentos irrefutables.

Veamos, ante todo, qué se entiende por «salud mental». Sería absurdo no admitir la relatividad del concepto, tan relativo como el de «persona normal». De ésta—persona normal—se ha dicho que es la del individuo que aprendió a responder a los conflictos vitales de modo adecuado a la solución de los problemas que involucran. L. P. Thorpe, *Fundamentos psicológicos de la personalidad* (Buenos Aires, 1946), dice, en la página 78 del tomo II de su obra, lo que sigue: «Imaginamos al individuo normal como individuo medio, y, al anormal, como al sujeto que se desvía en forma notoria de la tendencia central o norma de su grupo. Se pone así en evidencia que el psicólogo considera al hombre psicológicamente normal como al que se comporta y adapta en las formas típicas del común de los individuos. Podríamos decir, por ejemplo, que el sujeto, muy temeroso de los terrenos baldíos o de las grietas en la calzada, es considerado de ordinario como irracional o anormal en estos puntos específicos; pero que si la gran mayoría de las personas experimentaran un temor similar, quienes no sintieran tal temor serían tachados de desviados o anormales.»

Si los psicólogos discuten sobre la significación de la conducta humana como fenómeno funcional y como fenómeno descriptivo, o, dicho sea en términos más claros, si los actos realizados por cualquier hombre son por sí mismos válidos a la observación de los demás hombres, y, además, tienen un lado descriptivo, vivencial, dado por el autor de aquéllos, el vulgo, la sociedad entera, concede a la conducta objetiva valor supremo como indicio de normalidad mental. El «certificado de buena conducta» constituye un buen testimonio en relación con el equilibrio psíquico de una persona, equilibrio que puede coincidir con un bajo nivel mental. Las obligadas referencias para el servicio doméstico, el certificado de no tener antecedentes penales, los informes policíacos, etc., todos ellos son ejemplos de la necesidad de conocer el árbol por sus frutos o de acordarse de que obras son amores, y no buenas razones.

Mas la conducta es un resultado, y, en modo alguno, un elemento causal. Depende de múltiples factores, mejor o peor estudiados y conocidos; los geneticistas han hablado, en todos los tonos, de la herencia, acaso con demasiado ruido; los pedagogos, de la influencia decisiva en la educación; los políticos, del valor de los regímenes, de libertad o de tiranía, sobre las reacciones individuales de quienes a ellos están sometidos de grado o por fuerza; los moralistas, de la ejemplaridad de las costumbres. Ya Cicerón escribió que el pueblo se inspiraba siempre en la conducta de los grandes, es decir, en la conducta de los poderosos, encargados de dirigir la cosa pública. No se puede exigir pureza moral a los administrados cuando carecen de ella quienes los administran.

Por ser la conducta un resultado, dedúcese, con toda evidencia, que, para el logro de determinada conducta, se requerirán precisas condiciones en el individuo y en el ambiente social. No negamos el libre albedrío; pero es preciso reconocer que, ocasionalmente, queda reducido a valores negativos o ínfimos, por causas de influencias genotípicas y fenotípicas. Por eso, en los Códigos penales se cualifican las circunstancias agravantes, atenuantes y eximentes de la responsabilidad.

Se ha dicho que la higiene mental sería una actividad dirigida a regular la experiencia del ser humano y de su ambiente social. Viviendo se debe y se puede aprender. La higiene mental ofrecería la posibilidad de convertirnos en personas aptas para no sufrir a cada momento los duros golpes de la adver-

sidad. Triunfar es vencer obstáculos y dominar riesgos. La higiene mental nos convierte de víctimas de la vida en triunfadores de los peligros existenciales. Trueca la suerte en oportunidad, la taumaturgia en psicología pedagógica y las supersticiones en consecuencias lógicas del progreso científico. El rayo de Júpiter se mide en kilovatios.

En suma, la higiene mental aspira a ser un *Vademécum* de la vida, guía inteligente del camino seguido por todo nacido. ¡Qué diferencia entre esta perspectiva y la de antaño cuando el higienista mental era un simple sanitario especializado en Psiquiatría, con la misión de descubrir los desequilibrios mentales, las taras psíquicas de los desequilibrados, y evitar, en lo posible, la psicosis! La higiene mental vendría a representar algo así como un entender perfecto de la vida mediante el cultivo integral de la inteligencia humana.

Mas no basta situarse en el plano de la vida inteligente para considerarse como un buen catecúmeno de la higiene mental. Existe la necesidad de fijar los términos de la palabra «inteligencia». Quien no lo haga así, se perderá entre las sombras de un confusiónismo, de un dédalo del que difícilmente se sale. Tratar ahora de exponer la cuestión, siquiera fuese a grandes rasgos y en sus términos más generales, constituiría una prueba de insensatez o una demostración de incultura. Solamente con el análisis de las ideas emitidas en los últimos siglos tendríamos suficiente para una inacabable labor. La concepción de inteligencia de los escolásticos fué totalmente modificada por los filósofos y los psicólogos más modernos. Kant definió la inteligencia a su modo y sólo logró aumentar las dificultades interpretativas. Bergson, por su parte, hizo lo propio. Sabido es que Ziehen y Jaspers han considerado la inteligencia como un grupo de funciones parciales, entre las que se establecen correlaciones. Las funciones intelectuales serían adquisitivas, de elaboración y ejecutivas. De todo esto se deduce que las brumas no se disipan y que cada psicólogo y cada pensador puede tomar una posición ideológica ante el problema, sin temer a que la crítica sea más severa para él que para los demás. Se ha hablado de una inteligencia mecánica o ingeniosidad, observable en algunas personas, y contrapuesta, por lo general, a la inteligencia abstracta. Considero inútil ampliar este escolio.

¿Cuál es el sentido de inteligencia que conviene a la higiene mental para el logro de sus elevados fines? El doctor Germinal Rodríguez, en una obra reciente—*Medicina Social*. Buenos Aires, 1945—, resume las finalidades de la higiene mental en cuatro postulados, y en ellos no es difícil entrever cuál ha de ser la norma inteligente exigible para desenvolverse, en sus amplios alcances y con el debido método, no sólo la profilaxis mental, sino «todos los medios de orden individual público y social destinados a mejorar las funciones mentales». Esto es, cuanto concierne al hombre considerado sano. Pues como quiera que la higiene mental procura adaptar la vida del sujeto a la realidad social, para afrontar sin violencias molestias y contrariedades, así como la existencia y los choques biosociales, claro está que «entender» significa recíproca comprensión entre los hombres, cuya fórmula suprema está en el precepto, escarnecido y olvidado, de mirar al prójimo como un hermano a quien se debe amar como a nosotros mismos.

Busca la higiene mental adaptar al individuo a la vida social, pero también—no se olvide nunca—adaptar la vida social a las mejores condiciones del individuo.

Aún más: La higiene mental pretendería que el ser humano advirtiese la insuficiencia de conocerse a sí mismo. La famosa inscripción del templo de Delfos bastaría en remotos tiempos; hoy, no. Necesita-

mos conocer, es decir, comprender el ambiente social. Necesitamos tener alerta el juicio para descubrir a los falsos apóstoles, a los hipócritas, a los maleantes enmascarados con la careta de la honradez. Necesitamos, entre otras muchas cosas, abroquelarnos contra los juicios adversos representativos de fariseísmos carentes de espíritu cristiano. Y así, con firmeza, sin jactancia, podremos formar en las filas de quienes anhelan días mejores para la atribulada Humanidad.

El sucinto desarrollo del concepto de higiene mental acabado de exponer, no muestra—deliberadamente, por mi parte—, ninguna faceta de otros aspectos del problema. Son muchos. Mas, por razón de su número y amplitud, merecen estudiarse en detalle, analizarlos concretamente para no involucrar los contenidos fundamentales de cada cuestión.

No debemos, en cambio, olvidar en estas líneas un dato de excepcional importancia. Tal es el que en estos momentos, por acertada Orden ministerial, ha recobrado su pretérita actividad, la Liga Española de Higiene Mental. Antes, como ahora, los miembros que integran la Junta directiva tienen el más fervoroso deseo de acertar en su elevada misión. Sus opiniones podrán ser más o menos dispares, pero siempre dignas de cuidadosa atención. Lo que se piense y lo que se haga tendrá una piedra de toque valorativa del acierto de los planes: el beneficio social obtenido.

Tal vez, en un plazo no muy lejano, podamos sentirnos satisfechos de haber contribuido a que la higiene mental tenga entre nosotros el trascendental interés que tiene en la casi totalidad de las naciones. Porque se da el caso de que por doquier se labora intensamente en pro de la higiene mental del pueblo español. Existen instituciones que no tienen par en otros pueblos; orientaciones y tendencias dignas de

verdadera admiración. Falta, eso sí, una coordinación, nacional, primero, e internacional, después, que dé por resultado un mejor conocimiento de cuanto en España se hace a la luz, a la clara luz de los principios básicos de la higiene mental, tal como se entiende y acepta en nuestros días.

Y para esa gran obra, para ordenar nuestro tesoro espiritual y cultural, sintonizándolo y sincronizándolo con el ajeno, es para lo que la higiene mental constituye un factor decisivo, de difusión y comprensión recíproca entre los hombres y sus necesidades materiales. Queda a la religión el campo de las Verdades Eternas, ante las que se inclinan, con infinito respeto, cuantos aman sinceramente la higiene mental, porque ésta no es un ariete demoleedor de fundamentos básicos de la vida humana. Creer otra cosa sería puro fariseísmo.

El desarrollar una actitud sana ante las funciones biológicas no está en contraposición, sino, al contrario, con el apartado 1.º de la «Carta del Niño», de la Conferencia de la Casa Blanca, de 1930, en el que se dice: «a todos los niños, una disciplina *espiritual y moral* para ayudarles a soportar sin flaquezas el peso de la vida»; ni el axioma que exige la salud física como fundamento de la adaptación del individuo a su ambiente social se opone a la satisfacción de necesidades estéticas y recreativas—deportes, «Educación y Descanso», etc.—, y al desarrollo de los sentimientos religiosos, ya que éstos están vinculados a prohibiciones de actos nocivos para la paz y la armonía de la sociedad. Recordemos las hermosas palabras de L. P. Thorpe, quien sostiene que la aceptación de los propósitos centrales de la moral religiosa ayuda al creyente fervoroso para dominar las vicisitudes materiales, dando a la vida un rico significado. O las frases de William James: «La religión permite hacer fácil y feliz lo que, en cualquier caso, es necesario...»

TERAPEUTICA PREVENTIVA DE LAS AFECCIONES CATARRALES

ACRISINA

Vitamina A - Axerofol.

Por su acción protectora sobre los epitelios y mucosas, aumenta la capacidad inmunitaria local del aparato respiratorio, protegiéndole de la influencia perniciosa del frío.

Frasco de 5 c. c. con 250.000 U. I.

Ampolla de 2 c. c. con 400.000 U. I. para tomar de una sola vez. (Fuerte.)

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID